



Foto: Eusko-Ikaskuntza.

RECUERDOS: LA LECCION MAGISTRAL DE D. MANUEL LECUONA

RAMON AYERZA ELIZARAIN

CUANDO se publiquen estas líneas, hará casi un año que D. Manuel de Lecuona nos habrá dejado. Eso lo recuerda todo el mundo. Lo que quizá ya no recuerde todo el mundo es que hace más de ocho años D. Manuel, en la víspera de su investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad del País Vasco, dió una charla en el Salón de Plenos del Palacio Consistorial de Rentería. El tema, enmarcado por las témporas del ciclo canónico y por la personalidad del conferenciante, se había elegido procurando coincidir con las aficiones locales. El inminente Doctor Lecuona iba a hablar de los Carnavales.

Durante aquella charla, un torpe técnico municipal que conocí entonces, torpe por técnico, pero aún más torpe por municipal, entretuvo las esperas tomando unas notas en el reverso de un programa de fiestas. Su única virtud es la inmediatez, su frescura. No describen (itampoco podrían!) la personalidad del conferenciante, pero, de alguna manera, reflejan el ambiente en el que se desarrolló aquella hora de homenaje y reconocimiento.

Se tratan de unas notas improvisadas que en modo alguno responden a un programa preconcebido. Así, y

sin pretenderlo, el principal aspecto recogido en ellas hace referencia a un problema que incomodó profundamente los últimos años de D. Manuel: una creciente pérdida de visión que le impedía leer en la medida que él gustaba. Cuando yo le conocí, leía sirviéndose de un dispositivo increíble: superponía dos lupas y reconocía a través de ellas el contorno de aquellas viejas amigas tuyas, las letras. Invito al sufrido lector, que ya ha demostrado su abnegación llegando hasta estas alturas de un texto como el presente, a hacer la prueba. Concluirá, como lo hice yo en similar ocasión, que, en tierras en que no pocas ediciones tienen mayor valor decorativo que expositivo, D. Manuel había acumulado en una sola persona la afición a la lectura correspondiente a un barrio entero.

Las notas ocupan la totalidad de la cuarta página, contraportada, del programa de fiestas y respetan, en su centro, el escudo de la villa, el discernimiento de cuyo correcto diseño tanto estaba ocupando por aquellas mismas fechas a la Corporación. Dicen así:

14 febrero 1980

LA LECCION MAGISTRAL DE D. MANUEL LECUONA

Nervios y despreocupación. El prohombre, uniforme negro y modesto, rostro suave y modesto, está ya en la sala. Aún pocos concejales. A su lado, el Alcalde. Hablan. Hacen tiempo. Media sala se llena; la gente entra sin respetar silencio alguno, que tampoco existe por otra parte. Ya está bien de esperar. Pasa un cuarto de hora de la fijada. El Alcalde, siempre gentil, cede la presidencia al Doctor Honoris Causa en ciernes; lo harán mañana en Vitoria. Presenta, primero en euskera; luego, en castellano. Gran vocación, gran destino al servicio de la cultura vasca. El Alcalde se sienta a la diestra del gran hombre. La izquierda, respetada por el prudente concejal Agustín Etxeberría, queda libre. El concejal Antonio Mendizábal, que entra tarde, como siempre, ruidosamente, disculpándose, aprovecha el sitio. Síndrome de foto.

El gran hombre, suave, modesto, culto, inicia su intervención. Euskera goshua, sabroso... pero le falta luz. No luz de cultura. Luz de luz: las atrabiliarias «arañas» de la sala de plenos no la dan en medida suficiente. Parece ser el primero en haberse dado cuenta. Ventajas de la cultura. El Alcalde, siempre gentil, se levanta como una flecha en busca de un artefacto apropiado, la necesidad planteada. Pasan los minutos. El gran hombre charla, comenta, se demora en espera de la necesaria energía. Al fin llega el Alcalde con la lámpara de su propio despacho. Se prueba un enchufe. Nada. Otro, otro, otro, y por fin, ya hay luz. El gran hombre procede a la lectura. Para que mejor vea, le ponen la lámpara enfrente, y dejamos de verle la cara. Comienza la lectura: mitología, Iglesia, Rómulo, Remo... De vez en cuando, el ponente asoma su cara suave, culta, por encima del duro metal de la lámpara, para vernos, para que le veamos... Luego sigue: Rómulo, Remo,... Roma.

¡Ah, infraestructura! Cuando ya funcionaba la primera lámpara, llegó aún otro empleado, con gafas oscuras, y otra lámpara, más modesta. Por poco la pone, además. No se había dado cuenta de la lámpara que ya había.

Así termina el curioso palimpsesto, agotado el espacio disponible en el papel.

De la lectura de las notas se desprende, entre otros, un curioso aspecto: las referencias a D. Manuel son en general vagas y alusivas, llamándosele una y otra vez el *gran hombre*. Llega a dar la impresión de que el texto no se refiere, *en concreto*, a D. Manuel, sino a una presencia insólita en aquel medio y cuya personalidad ni se entra a analizar. Se trata de un recurso, tal vez antipático a primera vista, que admite ciertamente diversas explicaciones y capaz, a su vez, de asumir una dimensión alegórica (y circunstancialmente irónica) que podría traducirse así: *un auténtico Representante de la Cultura en visita a este bendito Ayuntamiento*. Dicho esto, y en franco contraste, los miembros de la Corporación, elementos secundarios al fin y al cabo en el acto, son citados con mayor seguridad, retratados con pinceladas más firmes. Parece como si el autor de estas líneas los conociese más y mejor que al titular del homenaje. Era, desde luego, una lástima y él se lo perdía.



Foto: Fermín Leizaola.